

# PINOCHO

AÑO. III  
NUM. 143

25 cts

13 NOVIEMBRE  
1927



¿TU SABES CUALES SON LOS DIENTES QUE SALEN  
LOS ÚLTIMOS?  
= NOSÉ .....  
¡LOS POSTIZOS!



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28. APARTADO 447.- SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





# EL BUQUE FANTASMA

## CUENTO POR EMILIO SALGARI

(Conclusión)

—¿No habrá sido asaltado el barco por unos piratas?— pregunté.

—Lo habrán saqueado; y, por el contrario, no han tocado nada.

—Examinemos el diario de a bordo.

Estando todos los cajones abiertos, nos fué fácil encontrarlo. Nos enteramos que aquel barco, llamado *Hernán Cortés*, había zarpado de Veracruz con una tripulación de quince hombres, incluídos el capitán y el segundo, y que debía marchar a San Pablo de Loanda a cargar palo de rosa.

—¡Quince hombres! —exclamó el capitán—. Entonces faltan dos.

—Sí; porque incluyendo el ahorcado no hay más que trece a bordo —contesté.

—¿Dónde estarán los otros dos?

—Busquémosles, capitán.

Mandamos subir otros marineros del bote; fueron encendidas todas las antorchas y empezaron las pesquisas. Fueron visitadas cuidadosamente las bodegas, la sentina y los camarotes de proa y popa sin resultado alguno. Los dos hombres que debían haber embarcado, como resultaba claramente del diario de a bordo, no fueron encontrados en lugar alguno.

—¿Qué les habría pasado?

—¿No habrán muerto antes que estos desdichados, y sus compañeros los habrán echado al mar? —dije al capitán.

Este movió la cabeza con gesto de duda.

—¿Y los botes de este barco, dónde están? —preguntó de pronto.

—No queda más que un bote pequeño —contesté.

—Entonces falta uno grande. Un barco de este tonelaje no debía llevar un solo bote, suficiente apenas para cuatro o cinco hombres.

Todos quedamos convencidos por aquel razonamiento. No nos quedaba duda alguna de que los dos marineros que faltaban habían embarcado.

El misterio se complicaba aún más.

—Capitán —dije—. Hagamos descolgar el ahorcado.

—No nos aclarará esta lúgubre historia. Pero probemos.

Dos marineros subieron a la antena, llevando unas cuerdas, ataron al ahorcado, cortaron la cuerda que le tenía colgado de la verga y lo bajaron a cubierta.

Aquel desdichado era un joven de unos veinticinco

a veintiocho años, alto, moreno, como si fuese un mestizo, y con una barba negrísima, que le daba siniestro aspecto. Parecía que su muerte no databa más que de dos o tres días antes, porque aun no había empezado la putrefacción.

Le registramos, y en uno de los bolsillos encontramos un gran sobre, en el cual estaba escrito, con los gruesos caracteres, que constituye una especialidad de los marineros, las palabras siguientes: «Para leer después de mi muerte.»

Una viva curiosidad se había apoderado de nosotros, porque teníamos la certeza de poder aclarar finalmente el misterio. El capitán rasgó el sobre y encontró dentro unas cuantas hojas cubiertas

de una caligrafía idéntica a la del sobre. Aquellas hojas contenían una confesión completa de cuanto había sucedido en la nave mejicana, escrita unas cuantas horas antes de que aquel hombre, dominado por los remordimientos, se suicidase.

He aquí brevemente la lúgubre historia:

El *Hernán Cortés* había salido de Veracruz dos meses antes de que nosotros le encontrásemos, llevando a bordo quince hombres, los oficiales comprendidos. A los cuarenta y cinco días, dos marineros, de acuerdo con el suicida, habían tramado una revuelta para apoderarse del barco. Descubiertos antes del momento fijado, el capitán, hombre enérgico y valeroso, había hecho frente resueltamente a los tres miserables, y cargándoles de cadenas les había encerrado en la bodega en espera de entregarlos a las autoridades de San Pablo de Loanda.







Por desgracia, las medidas no habían sido tomadas con exceso de precauciones, y los tres rebeldes, después de unas cuantas semanas, habían conseguido romper sus cadenas y recobrar la libertad. Más decididos que nunca a realizar su intento, y sedientos de venganza, aquellos miserables habían envenenado las provisiones de a bordo mediante una cajita de á ido prúsico que habían sustraído al sobrecargo. Pocos minutos después, todos aquellos desgraciados habían caído uno junto al otro. Sólo el capitán, por causa fortuita, había escapado al veneno; pero, sorprendido por los rebeldes en su camarote, había sido asesinado de un pistoletazo. Cometido el horroroso delito, los remordimientos no habían tardado en sorprender a aquellos envenenadores. Dos marineros, no pudiendo soportar por más tiempo el espectáculo de sus compañeros muertos en el entrepuente, habían abandonado el barco la tarde misma del crimen, embarcándose en el bote; el tercero, loco de terror, después de haber permanecido tres días en la nave, en medio de todos aquellos cadáveres que el calor ecuatorial empezaba a descomponer, se había ahorcado.

—¡Miserables! — exclamó el capitán después de leer la confesión del suicida—. No dejaremos impune este atroz delito.

—¿Pretende alcanzar a los fugitivos? — pregunté.

—Sí; aunque tuviese que recorrer todo el Atlántico. Hace tres días que deben haber abandonado el barco, y si la tormenta no se los ha tragado, purgarán la pena de su crimen.

Pasamos la noche a bordo del barco, y a la mañana siguiente, después de haber rezado por los difuntos, dimos honrosa sepultura a aquellos infelices, envolviéndoles en hamacas con una bala de cañón. El ahorcado, por el contrario, fué echado al mar por los furiosos marineros, sin hamaca y sin bala alguna, y tuvieron el consuelo de ver cómo le devoraba un monstruoso tiburón, que rondaba en torno de la nave. No queriendo abandonar tan gran presa, que, según las leyes marítimas, nos correspondía en gran parte, y teniendo tripulantes de sobra, dejamos a bordo ocho marineros y un contraamaestre con la orden de esperar nuestro regreso. A las diez, nuestro velero estaba ya a la caza. Queríamos coger a

toda costa a los dos marineros para hacerles pagar su horrible delito. No habían transcurrido veinticuatro horas cuando fué señalado, en el océano infinito, un punto negro, que no debía ser un barco, pues no se veía vela alguna encima.

—Tiene que ser el bote —dijo el capitán, que miraba con los anteojos.

Izamos todo el velámen, y a las tres horas llegábamos a unos cuantos cables de un bote tripulado por dos hombres. Estos, al vernos, habían izado un pedazo de tela en un remo haciendo señales de socorro. El capitán mandó parar el barco para dar tiempo a que los dos miserables nos alcanzasen, y ordenó echar la escala. Los dos marineros de la nave mejicana eran jóvenes y muy

robustos, con barba y pelo largos, y tenían una mirada que no era para inspirar confianza. Apenas subieron al barco, el capitán les salió al encuentro, diciéndoles con irónica sonrisa:

—Estoy muy contento de haberos recogido. ¿A qué barco pertenecéis?

—A un barco mejicano, naufragado hace tres semanas —contestó uno de ellos.

—¿Cómo se llamaba?

—El *Hernán Cortés*.

—¿Todos vuestros compañeros se han ahogado, verdad?

—Todos, capitán —contestó el bribón con voz cada vez más serena.

—Pues bien, muchachos —replicó el capitán, que ya no podía contenerse por más tiempo—; hemos abordado el *Hernán Cortés* y en él hemos encontrado a sus tripulantes, pero no estaban vivos, ¡canallas! ¡Marineros, prended a estos dos miserables!

Un momento después los dos envenenadores encontrábanse en la bodega con cadenas en pies y manos. Los dos mejicanos fueron entregados en seguida a las autoridades brasileñas, las cuales no perdieron el tiempo en la instrucción del proceso. Fué pronunciada sentencia de muerte, y a los cuatro días de nuestra llegada eran ahorcados en presencia de un enorme gentío.

En cuanto al barco, fué vendido, y a cada uno de nosotros le correspondió una buena suma.



FIN



**LAURA**  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA

¡ANDA A QUE TE EXTRAIGAN ESA MUELA QUE TANTO TE HA DOLIDO ANOCHÉ!

¡AY!

¡YA ME LA HAN EXTRAÍDO! ¡YA NO ME DUELE! ¡QUE GUSTO!

¡QUE GUSTO!

¡HOLA, DONA IRENE!

¡ME HE ACORDADO QUE OS GUSTA LA ÓPERA Y HE VENIDO A DAROS UN CONCIERTO!

¡AMBO-ATO! MATARILE... RILE... RILE

¡POR HOY YA NO CANTO MÁS! ¡ESTOY CANSA DA!

¡QUE GUSTO!

**PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO**

¡VOY A BUSCAR OTRO AMO QUE ME DÉ MEJOR DE COMER, AQUÍ SE MUERE UNO DE HAMBRE!

ESTA CASA PARECE PERTENECER A UNA PERSONA PUDIENTE. ¡ESTOY POR OFRECER AQUÍ MIS SERVICIOS!

¡QUE TIPO!

ESTE GATO DEBE DE TENER HAMBRE. ¡DÉLE USTED UN BESUGO Y DOS LITROS DE LECHE!

?

¡VO NO ABANDONO A ESTE AMO TAN RUMBOSO!

¡HOLA, ZACARÍAS! ¡TOMA ESTOS DOS HABANOS Y TE CONVIDO A UNA CERVEZA!

¡COBRE USTED Y QUÉDESE CON LA VUELTA!

¡MUCHAS GRACIAS!

¡NO LLORES NENA! ¡TOMA CINCO Duros!

¡AY! ¡AY! ¡MI PERRA!

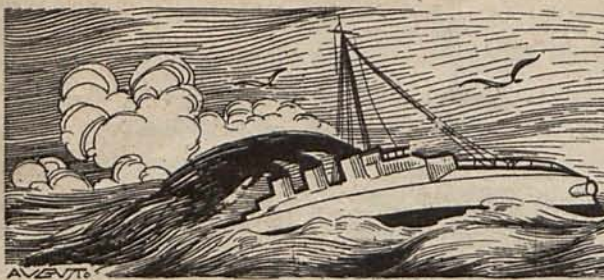
¡BANDIDO, SE HA MARCHADO USTED CON TODO EL DINERO DE LA COMPANIA! ¡AHORA MISMO VOY A DAR PARTE AL JUEZ!

SASTRERÍA

¡ME VA USTED A HACER EL FAVOR DE DARMEL TRAJE DE AVIADOR PUES TENGO QUE HACER LA TRAVESIA DEL ATLANTICO!

¡SI, SEÑOR!





# EL TORPEDERO DE PRESA

Por A. M. GIANELLA

(Continuación.)

—Le tenéis delante.  
—¿Vos?  
—¡Yo! ¿Es acaso extraño?... Soy el soberano o por lo menos lo era del Estado de Tomini, en donde se habla el mismo idioma.

—Tenéis razón.  
—Déme el portavoz, y yo traduciré sus palabras.  
—Un momento. ¿Esos hombres son vuestros amigos o vuestros enemigos?

—Mis enemigos implacables.  
¡Ah! Tomad el portavoz.  
Rodolfo Barenval, después de entregar el aparato al rajá, le dictó las siguientes palabras que el otro tradujo fácilmente:

—El comandante de este torpedero prohíbe a los dos barcos que se muevan, traten de escaparse o cometer acto alguno de violencia, bajo pena de ser cañoneado o lanzado al aire por uno de los terribles torpedos de que está armado su barco.

—Príncipe, muchas gracias —prosiguió diciendo—. Ahora estamos seguros de que no se moverán; venid conmigo. Echaron a andar. Al pasar el capitán recomendó a Collap que vigilase atentamente, y bajó en compañía de Kandang al salón que ya conocemos.

Los dos hombres sentáronse uno frente al otro y durante unos segundos observáronse en silencio.

Kandang era el tipo, como ya hemos dicho, del príncipe indio educado en Europa, y a la fiereza algo salvaje de su naturaleza había sabido unir un barniz de cortesía diplomática, adquirida al propio tiempo que los elementos del conocimiento humano.

Ayudado, por lo tanto, de una cierta experiencia y de una fina intuición, comprendió en seguida que tenía enfrente a un hombre que quería rodearse de misterio; pero que poseía un carácter férreo, tenaz y resuelto, y se propuso obrar con él directamente sin ambages, y como quien reanuda una conversación, le dijo de pronto:

—Comandante, vengo a ofrecerle la mitad de mi reino. ¿Lo acepta?

Contrariamente a lo que esperaba el fugitivo soberano de Tomini, Rodolfo de Barenval quedóse impassible.

—Príncipe —le contestó— vuestro ofrecimiento es deslumbrador, pero mi aceptación depende de una cosa esencial.

—Me la figuro.  
—Me alegro de que así lo comprenda.  
—¿Quiere aludir a lo que yo pediré en cambio?  
—Sí.  
—Es natural.  
—¿Lo comprendéis así?  
—Y lo apruebo.  
—Gracias. Y que es lo que pedis...

—Vuestra ayuda para reconquistar el reino que es mío, porque el Ser Supremo lo dió a mis padres y a mí; vuestra ayuda para vengar mi perdido trono, la sangre vertida por mis súbditos fieles y el asesinato de mis mujeres y de mis hijos degollados de noche, a traición, mientras dormían en

mi palacio. Busco la justicia y el castigo del malvado que me lo ha arrebatado todo y quiere mi cabeza a cualquier precio.

Ayúdeme y yo le daré todos mis tesoros, le haré tan poderoso como sea posible, le haré sentarse a mi lado, sobre mi propio trono. ¡Yo Kandang-rajá, se lo juro por la memoria de mis antepasados!

El príncipe habíase puesto en pie, en actitud solemne y sus palabras habían ido tomando un tono de drástica emoción.

Imploraba, pero con la majestad de un rey que pide justicia.

Y parecía más guapo, más imponente, tan alto, erguido y fuerte, con el rostro franco y moreno, rodeado de una barba partida, rizada y negra.

Cuando hubo terminado, el capitán Barenval le señaló de nuevo la silla, y sin descomponerse ni demostrar emoción alguna, le dijo:

—Sentaos, príncipe, y contadme con calma lo que os ha pasado; yo soy un capitán aventurero y quizá nos entendamos...

Kandang sentóse y empezó a contar lo que ya sabemos. Al final Rodolfo de Barenval levantóse.

—¿Acepta mi proposición? —preguntóle el príncipe, levantándose a su vez.

El otro estaba a punto de responder cuando una exclamación furiosa de Collap le cerró la boca.

—¡Traición! ¡Traición! —oyóse gritar en la cubierta del torpedero—. Pronto, comandante. ¡Fuego contra aquellos miserables!

Rodolfo de Barenval se puso pálido por la sorpresa y la rabia, y agarrando al rajá por un brazo, le dijo rechinando los dientes:

—¡Pobre de vosotros sí!...  
—¡Comandante!...  
—¡Pobre de vos si me habeis engañado!  
—Kandang no ha mentado jamás.  
—Deseo que así sea... venid conmigo...

El príncipe salió y el capitán detrás de él. Oyóse un golpe, seguido de un largo crujido; luego estalló un huracán de gritos y disparos de fusil y pistolas, y de cuando en cuando el ruido más fuerte y formidable de los cañones.

Allá arriba se batían encarnizadamente.

## VIII

*Lucha de abordaje.—La idea del capitán.—Persecución.—Una detonación espantosa.—¡Desaparecidos!—El arung Sudharah.—Naves misteriosas.—Los vencedores de Tomini.—Cómo se vengó el usurpador.—El contenido de una proclama al pueblo de Tomini.—Protesta de Collap y advertencia de Barenval.—¿Qué había pasado?*

Los tripulantes de los dos barcos del arung habían intentado un hábil y desesperado golpe de mano.

(Continuará en el número próximo.)





# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿De qué vamos a hablar hoy, curioso Chonón?  
—Si te parece, vas a explicarme cómo se fabrica un ladrillo. Es muy vulgar el tema, ¿verdad?

—Para mí, no hay nada vulgar, querido Chononcito. Todo en la Naturaleza está destinado a un fin, y éste es, para mí, tanto más importante cuanto más difundido está su uso. El ladrillo, aun con toda la vulgaridad que tú quieras atribuirle, es una de las cosas que más servicios prestan al hombre. Se cuentan por millones los edificios, obras de ingeniería y de arte que deben su popularidad a esta vulgar materia llamada ladrillo.

—Por eso ha interesado mi curiosidad, querido buho, conocer de dónde y cómo se obtiene el ladrillo. Hasta ahora sólo sé de él que es una de las miles y miles de piezas pequeñas y de color rojizo que componen un edificio. Me admira, eso sí, que estas pequeñas piezas resistan, a través de los siglos, las inclemencias de todas las temperaturas. Ni la crudeza de las heladas ni el ardiente calor de las canículas producen sensible efecto en su destrucción. Deben de estar hechos de una materia durísima, ¿verdad, amigo buho?

—Al revés. La materia de que está hecho un ladrillo es blandísima. Como que se deshace entre los dedos, como si fuera harina.

—No es posible.

—Te digo que es cierto. Los ladrillos se hacen con tierra arcillosa. Ya ves si esta tierra es blanda.

—Pues no lo entiendo. A no ser que la mezclen con alguna sustancia muy consistente.

—No hace falta mezclarla con nada. Esta tierra, una vez desecada y cocida, adquiere gran consistencia y, sobre todo, se hace absolutamente refractaria al frío, al calor y a la humedad.

—Explicáte, a ver cómo se consigue esto.

—Muy fácilmente. Ya te he dicho que la materia de que se obtiene el ladrillo es la tierra de arcilla. Pues bien, lo primero que hay que hacer es buscar terrenos donde haya esta clase de tierra.

—¿Y hay muchos?

—Abundan extraordinariamente. Sobre todo en el centro y mediodía de España. Una vez que se extrae la tierra arcillosa de su yacimiento, lo primero que hay que hacer es limpiarla de todas las cosas que no sean arcilla.

—¿Y cómo se hace esto?

—Las piedrecitas y otros cuerpos de regular tamaño se quitan a mano, y las impurezas más pequeñas se eliminan por medio de cribas de distintos calibres.

—Bueno, ya tenemos la arcilla limpia.

—Pues ahora se la deposita en unas zanjias hechas a propósito, y allí se la deja durar algunos meses a la acción de la intemperie.

—¿Y qué se consigue con esto?

—Se consigue que todas las materias líquidas que contenga se evaporen por el contacto con el aire. Transcurrido un período de algunos meses, la arcilla queda purificada y en condiciones de ser sometida a las operaciones de amasado, moldeo, cocción, etc.

—Bien barata sale la purificación, ¿no te parece?

—No sale cara porque sólo requiere la intervención de unos obreros que de cuando en cuando la remuevan con unas palas para que el aire dé por igual a toda la arcilla depositada en las zanjias. Luego se procede a amasarla. Esta es, sin duda alguna, la operación más importante. Se hace con los pies o a máquina. En algunos sitios se emplean también bueyes o caballerías; pero de todos los procedimientos el mejor es el de pisar con los pies la masa. Para esto hay

que mezclarla con agua en la suficiente cantidad para que la pasta adquiera la plasticidad debida. No ha de alcanzar un estado ni muy sólido ni muy líquido. El punto de esta mezcla de agua y arcilla es el secreto principal de la buena calidad de un ladrillo.

—También me parece sencillo el secreto, porque la práctica hace maestros.

—Es cierto; pero hace falta esta práctica.

—Por eso reconozco esta facilidad a los que practican el oficio. Yo, que no estoy práctico, no podría hacerlo. Cada uno es maestro en su oficio.

—Ya preparada la pasta, pasa a la operación del moldeo, que consiste en hacer con ella ladrillos de la forma y tamaño que se desee. También esta operación puede ser manual o mecánica. En España, el procedimiento manual es como sigue: se coge una cierta cantidad de pasta y con ella se llena un molde, que se ha mojado de antemano para evitar que la pasta quede adherida a sus paredes; se pasa un rasero para que quede lisa la superficie; se saca la pasta del molde, ya con la forma de ladrillo, y se van colocando en una gradilla, donde se endurecen un poco. Tardan aproximadamente unas doce horas en tomar la debida consistencia, y entonces se sacan de la gradilla y se van extendiendo en posición vertical sobre la superficie de una era bien plana, apoyándolos de dos en dos y alisando con una paleta o cuchillo las caras que tengan alguna irregularidad.

—Se moldearán muchos al día, ¿verdad?

—Un buen moldeador puede moldear diariamente hasta 6.000 ladrillos. A las veinticuatro horas de estar expuestos a la acción del aire pueden considerarse completamente secos.

—¿Y ya están en disposición de utilizarse para construir casas?

—Falta lo más interesante, que es la cocción. Hay que someterlos al fuego para que se endurezcan y se hagan refractarios. Con los mismos ladrillos se construyen unos hornos en forma de pirámide truncada, en cuyo interior se echa combustible, al que se le prende fuego. Al cabo de veinte horas la masa se pone candente y entonces se va moderando poco a poco la intensidad del fuego para que el enfriamiento sea progresivo, pues si fuese rápido se quebrarían los ladrillos al sufrir una contracción brusca. A estos hornos se les llama *hormigueros*.

—¿Tardan mucho tiempo en cocerse?

—Una cochura perfecta exige un tiempo de doce a quince días de combustión continua. En cada hormiguero viene a emplearse unos 200.000 ladrillos, si bien a veces llegan hasta el medio millón.

—El uso de los ladrillos debe de ser muy antiguo, porque yo recuerdo haber visto estampas de construcciones muy remotas y están hechas con este material.

—Los asirios y babilonios los fabricaron ya. La primera construcción de ladrillo que registra la Historia es la de la famosa torre de Babel. Los egipcios, los griegos y los romanos hicieron con ladrillo obras arquitectónicas, que son verdaderos alardes de arte y de resistencia. En la actualidad se emplea en todos los países.

—Y no solamente para hacer construcciones. Yo sé de dos chicos que los emplean para tirárselos a la cabeza en cuanto arman una trifulca, y la arman diariamente.

—No digas más. Ya sé quiénes son: *Tin y Ton*.

—¿Qué talento tienes, amigo buho!

—Gracias, querido Chonón; pero comprenderás que no podían ser otros.

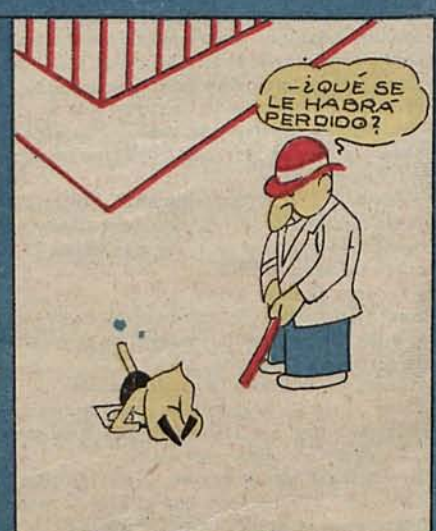
¿QUÉ PINOCHILTA QUIERE DIBUJAR LAS CARAS DE LOS PERSONAJES DE ESTA HISTORIETA?







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







# POLITO EN LA CIUDAD DE ORO





# CUENTOS DE CALLEJA

## EL TESORO ENGAÑOSO

Castillo

**T**ERESA había salido aquella tarde a rezar en la iglesia de su pueblo. Era una niña dulce y cariñosa, en cuyos ojos brillaba una candida luz de bondad que inspiraba cariño a cuantos la conocían. A todos menos a sus tíos, Julián y Tomasa, que al quedar la niña huérfana la recogieron, más por tener criada gratis que por hacer una obra buena.

Hay almas ruines enemistadas con lo generoso, que juzgando por sí no creen en la bondad ajena. Así, aquellos tíos de Teresa, duros, egoístas y envilecidos, creían que la dulzura cándida de la niña era a medias simpleza y a medias hipocresía. La trataban mal, le hacían trabajar excesivamente, nunca le hablaban sino a gritos, con amenazas y denuestos. Teresa bajaba la cabeza para ocultar los ojos tristes y llorosos. La pobre no había conocido nunca otro trato, pues sus padres la dejaron muy chiquita, y no sabía defenderse. Además, ¿cómo iba a hacerlo? Todos los vecinos la querían, pero ella nunca hubiese hablado mal a nadie de sus tíos. Ni siquiera a la Virgen, a quien aquella tarde, como otras muchas, iba a rezar. No; no le hablaba mal de ellos a la Virgen; le pedía solamente que les hiciera más cariñosos con ella, que tanto procuraba servirles con cuidado, y que no se emborracharan como solían hacerlo los dos, porque se ponían horribles y más crueles que nunca.

Al volver a su casa aquella tarde encontró a una mujer, que le dijo:

—Teresa, toma esta moneda, cuélgatela al cuello y ejerce en mi nombre la caridad.

Aquella moneda, de pobre apariencia, estaba talarada por el centro, y por el agujero pasaba un cordón de seda.

Aceptó la niña el presente, y en el acto desapareció aquella Señora, que no era otra que la Virgen Santísima.

Al llegar a la casa de sus tíos los encontró borrachos perdidos a los dos. Julián, con grandes gritos y lengua estropajosa, empezó a reñirla, porque decía que había vuelto tarde, y en castigo la dejó sin cenar aquella noche, mandándola inmediatamente que subiera al desván y se acostara en el duro suelo.

Quedó dormida la niña y la moneda cayó de sus manos. Inmediatamente comenzaron a brotar por todas partes montones de dinero, verdaderas olas de monedas.

Entre dos de aquellos montones dormía la niña, iluminada por un rayo de luna.

Julián y Tomasa, al oír aquel ruido metálico, acudieron al sitio de donde partía, quedando asombrados ante el espectáculo de aquellas inmensas riquezas. Pero no eran gentes capaces de asombrarse por mucho tiempo.

Ansiaban aprovecharse del suceso y no se cuidaron de darle explicación, importándoles muy poco que fuese obra de Dios o del demonio.

Sin detenerse más en la contemplación de aquel tesoro, quisieron

cerciorarse de que no era sólo una ilusión suya o un efecto de la luna, y se lanzaron al montón con los ojos desenchajados de codicia y con las manos desmesuradamente abiertas.

Lo que entonces ocurrió es tan extraño que parece increíble. Apenas Julián cogió un puñado de monedas, éstas se transformaron en enormes murciélagos; y en cuanto abrió los dedos, los pícaros bichos se escaparon, lanzando agudos gritos y golpeando su cara con las negruzcas alas.

Tomasa, por su parte, sacó un nido de ratoncitos de dienteillos blancos y finos, que la mordieron cruelmente, subiendo por sus brazos. La vieja, que a la vista de una rata se desmayaba, creyó morir al sentir correr los ratones por su cabeza.







Entonces se quedaron inmóviles, con los cabellos erizados, no atreviéndose a tocar aquel dinero tan nuevo y real en apariencia, pero tan extraño al tacto.

Pronto pudo la codicia más que todo y ambos se lanzaron de nuevo a coger monedas; pero apenas las hubieron apretado en sus manos avarientas, dos gritos de dolor se oyeron en el desván: las monedas de Tomasa eran dos puñados de agujas, tan largas y tan puntiagudas, que sus dedos se hallaban como cosidos a las palmas de las manos; las de Julián eran carbones encendidos.

Furiosos, sin embargo, por la codicia, se lanzaron otra vez al montón, revolviendo las monedas y procurando cogerlas muy de prisa para aprisionarlas antes de que dejasen de ser oro; pero aquellas monedas no se dejaban sorprender, y en cuanto las tocaban se convertían en lagartijas, en correderas, en serpientes que huían, en chorros de agua caliente, en mil otras formas de atacar a aquellos desalmados.

Los dos aldeanos corrían locos de espanto. El tesoro no era ya más que una masa negruzca que se movía en tromba furiosa y amenazante. Entonces Tomasa y Julián huyeron, devorándose con los ojos y lanzándose a la cara dos puñados de serpientes, que eran la nueva forma de los dos últimos puñados de monedas. El granero quedó instantáneamente vacío.

A poco despertó la niña y vió asombrada que su moneda estaba en el suelo y que de ella comenzaban a brotar, con inaudita rapidez, millares de monedas de reluciente oro, que, al caer unas sobre otras, producían un agradable tintineo. La admiración la tuvo sobreco-gida durante un buen rato; mas repuesta del susto, recogió apresuradamente la moneda taladrada y se la colgó al cuello. Después

apiló las monedas de oro en un rincón del granero y comenzó a echar cuentas de este modo:

—Gracias a Dios, podré remediar mañana mismo a la pobre Antonia, que está impedida y no puede ganarse el pan. Voy a darle lo necesario para que no tenga que trabajar en su vida. A la pobre Tomasa, la ciega, tam-

bién desde mañana no le será preciso ir de puerta en puerta mendigando. ¡Ay qué gusto cuando contemple a la infeliz en su casita, sin necesitar que nadie la dé una limosna! Lo mismo haré con el tío Recuero, el baldado, y con el cojo Francisco, que tiene que acarrear leña a pesar de su cojera.

En estas cavilaciones se encontraba cuando subieron de nuevo sus tíos sin hacer ruido. Al verla en aquella ocupación se maravillaron de que aquellas monedas no se convirtiesen, al tocarlas la niña, en serpientes y murciélagos.

—¿En qué consistirá? —preguntó el marido a la mujer.

—No lo sé —contestó Tomasa—; pero el caso es que hay que apoderarse del dinero, y no seré yo quien lo coja.

—Ni yo tampoco —dijo Julián.

Quedaron en la obscuridad algunos minutos escuchando lo que la niña decía, y al fin exclamaron:

—¿Conque a todos quieres socorrer y no te acuerdas de tus tíos? Ya nos figurábamos que eras una desagradecida. Cuando pobre te comías nuestro pan, y ahora que por arte de birlibirloque te encuentras con dinero, en todos piensas menos en nosotros; así nos pagas lo mucho que hemos hecho y procurado por tu bienestar.

—Están ustedes equivocados —repuso la niña con dulzura—, porque pensé siempre darles a ustedes cuanto necesitaran para salir de su pobreza. Pongan las manos y se las llenaré de oro.

—¡Gracias, gracias! —exclamaron Tomasa y Julián—. Echalo en aquella espuerta, pero no nos lo pongas en las manos, porque hay muchos chascos en eso.

Obedeció la niña y les llenó una espuerta grande del preciado metal. Después recogió el resto y se fué por el mundo haciendo obras de caridad que immortalizaron su nombre e hicieron imperecedero su recuerdo.

Julián y Tomasa al fin comprendieron que el dinero sólo hace felices a los que son buenos y los emplean en buenas obras, y en lo sucesivo procuraron imitar a su sobrina.

FIN



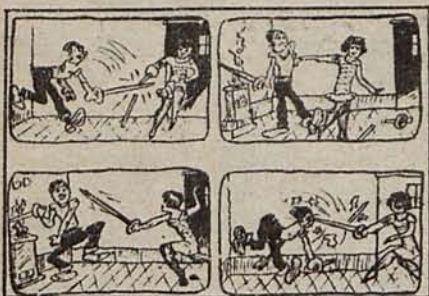


# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE NOVIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden premios importantes a los mejores trabajos publicados.

### HISTORIETA MUDA



JOSÉ SERRANO CUBILLOS. Nueve años.



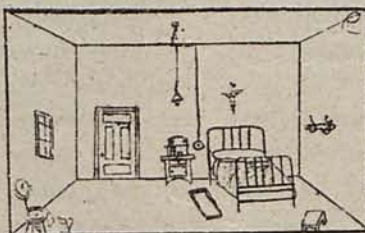
El grito de guerra.  
MANUEL A. DE SOTOMAYOR. Trece años.



Mi caballo blanco.  
TEODORO GONZÁLEZ.  
Trece años.



Mi amigo Currinche  
MANOLITA GARCÍA.



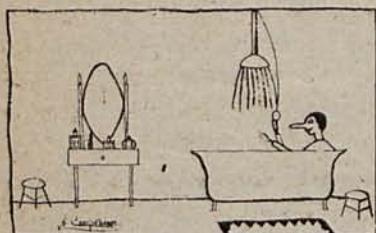
La alcoba de Anita, buen corazón.  
J. ANTONIO GALÁN.



Mi hermanita.  
A. MOLINA.



Mi casa.  
LUIS LÓPEZ.



Pinocho, bañándose.  
A. CAMPOAMOR.



El comandante  
Franco  
JULIÁN ORDEN.



Don Turulato.  
JOSÉ M. RAMIRO.



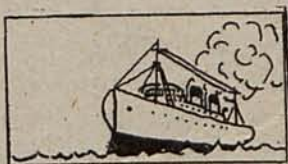
Noticias chinas.  
F. LETAMENDIA.



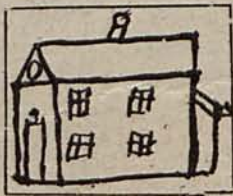
Colorín y su bicicleta.  
MARÍA AMELIA NEYRA



Las dos hienas.  
LUIS F. VILLASVERDE.



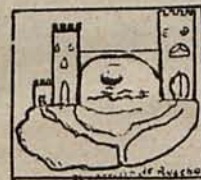
Un trasatlántico.  
JUAN DE CUSA. Diez años.



Mi casa.  
VICENTE S. DE HEROS.



Caricatura.  
GABRIEL MONJE.



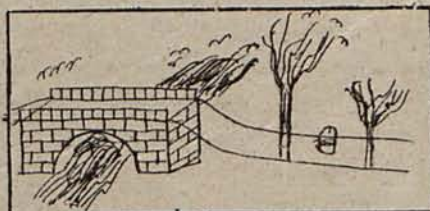
Castillo de Pinocho.  
CARLOS RICO. Nueve años



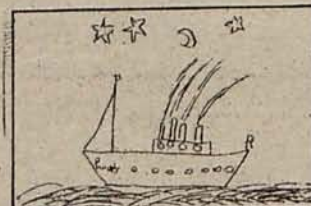
Un guardia.  
RAFAEL ESTÉBANEZ.  
Once años.



Para Morronguis.  
JUAN M. SOLÍS.



Un puente.  
A. MONDÉJAR.



Un barco.  
JUAN BRAVO.



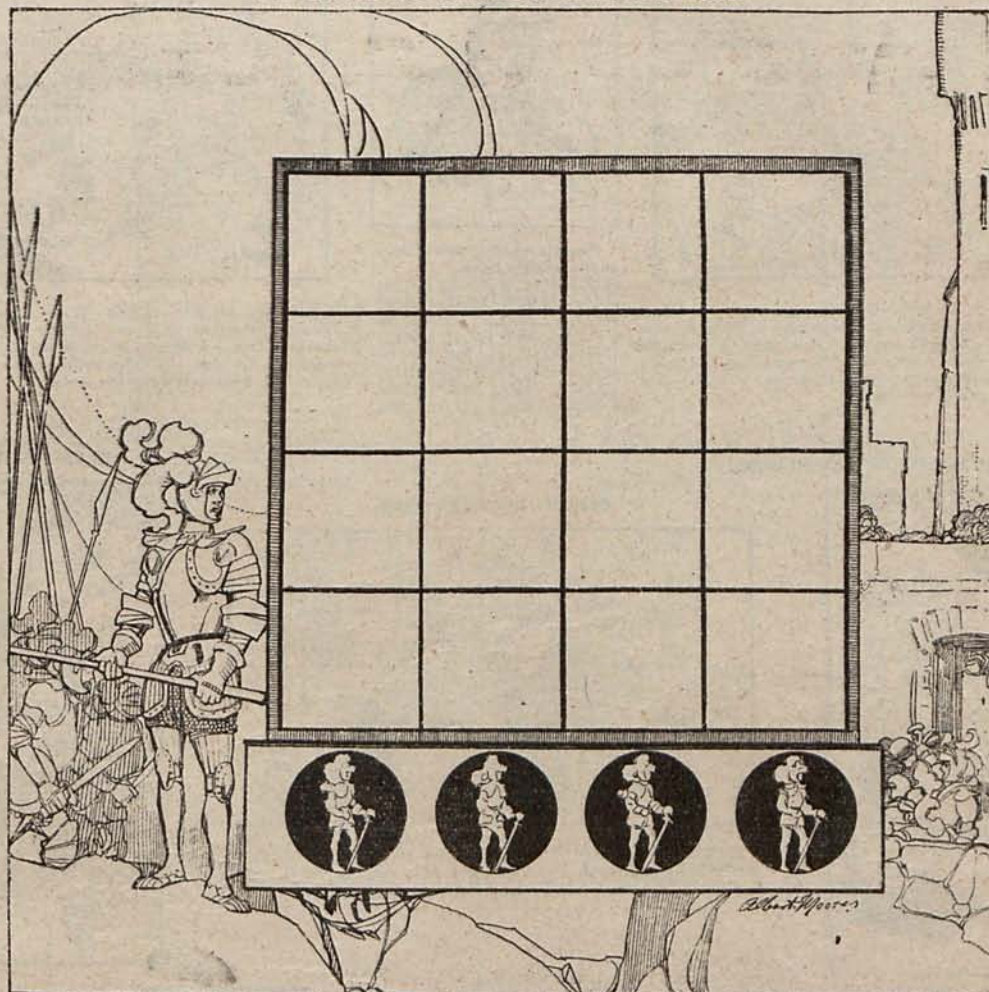
Lucio.  
M. RECASÉNS.  
Nueve años.



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE NOVIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits a un diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

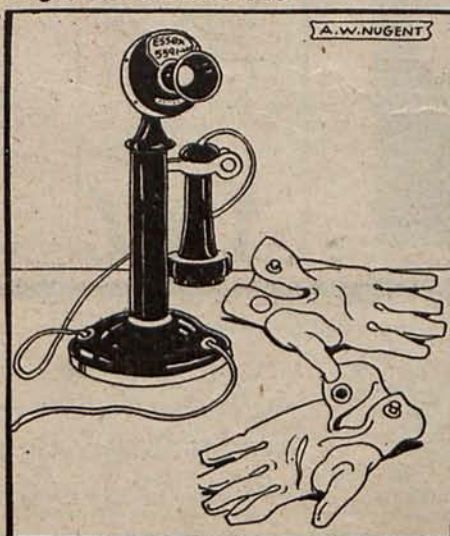
## EL CUADRO DE LOS CABALLEROS



Como veis, este cuadro se compone de doce cuadritos. Tenemos cuatro fichas, cada una con su caballero, que recortaréis y pegaréis sobre cartulina. Se trata de colocar a estos caballeros o fichas en el cuadro de forma que no haya dos en la misma columna, tanto en sentido vertical como horizontal, sino uno en cada una de las columnas. Las combinaciones que se pueden hacer son siete.

## DIBUJO CON ERRORES

Cinco son los errores o defectos que tiene este dibujo. Fijaos bien, pues son sencillos de encontrar. Si no tenéis a mano un teléfono y no os acordáis de cómo son éstos de mesa, buscad en una revista; si no lo tenéis en casa, y en seguida notaréis en dónde están los errores. Los guantes todos sabéis cómo son. No os pongo ningún ejemplo, porque son pocos los errores; sólo os diré que en el teléfono hay cuatro y en los guantes uno.



## EN LA CHARCA



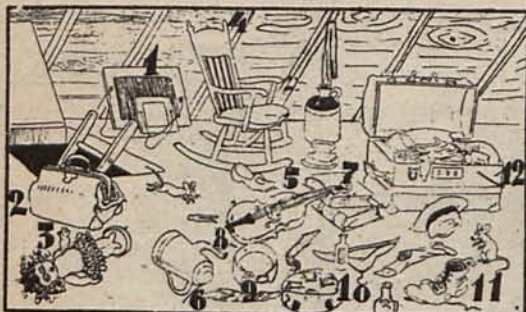
Esta charca tiene una particularidad, y es que en ella viven tan ricamente animales de tan varias especies, como son los cangrejos de mar, los peces, las ranas y las tortugas. Viven bien, al parecer; pero nosotros creemos que se van a acometer y a despedazar de un momento a otro. Sepáremoslos, pues, con sólo trazar cuatro líneas. De esta forma construiremos once departamentos y en cada uno de ellos quedará encerrado un animal.



# SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE MARZO

NÚMEROS 107, 108, 109 Y 110

## DIBUJO CON ERRORES



1. Colgador más alto de un lado.—2. Falta cantonera.—3. Cuatro dedos en una mano.—4. Falta boliche en el respaldo.—5. Pie de la mecedora largo, y otro, corto.—6. Falta agarrador en el asa.—7. Faltan clavijas.—8. Ojal del cuello descentrado.—9. Una punta redonda y otra, en pico.—10. Colgador descentrado.—11. Bota con cuatro ojete en un lado y en otro cinco.—12. Falta cerradura.

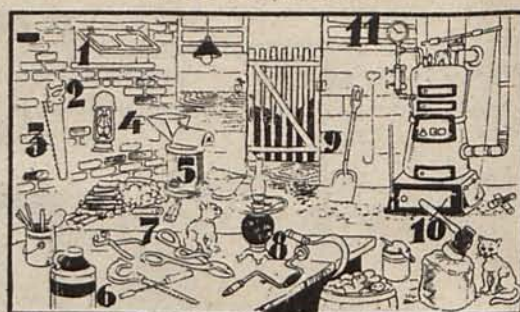
## PROBLEMA NUMÉRICO



He aquí las 32 combinaciones que se pueden hacer:

(12354) (12453) (1248) (1257)  
(1235) (14253) (14523) (14532)  
(15324) (15423) (1563) (1536)  
(159) (21453) (2148) (2157)  
(23514) (24153) (258) (32145)  
(32154) (32415) (32514) (35124)  
(35214) (357) (3624) (41235)  
(4236) (456) (78) (96)

## DIBUJO CON ERRORES

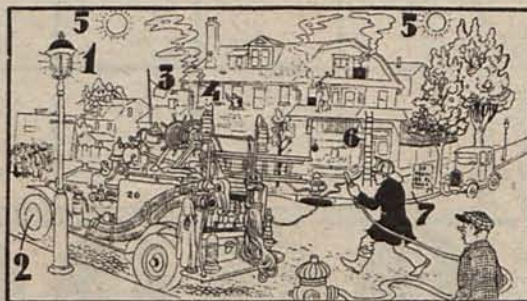


1. Falta soporte en la ventana.—2. Serrucho con mango al revés.—3. Dientes del mismo al revés.—4. Falta clavo para colgar la linterna.—5. Asa muy baja.—6. Mango del serrucho al revés.—7. Tijera cerrada y separados los ojos.—8. Falta boliche al pie de la lámpara.—9. Falta bisagra.—11. Manómetro con dos manillas.

## LOS SUPERVIVIENTES DE UN NAUFRAGIO



## DIBUJO CON ERRORES

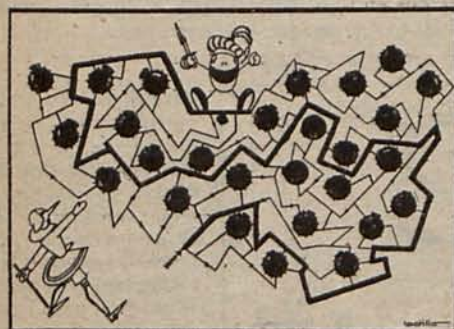


1. De día y encendido el farol.—2. Falta cubo del eje.—3. Falta el otro lado de cuerda.—4. Farol en el aire; falta colgador.—5. Dos soles.—6. Falta peldaño en la escalera.—7. Falta pie en el cartel.

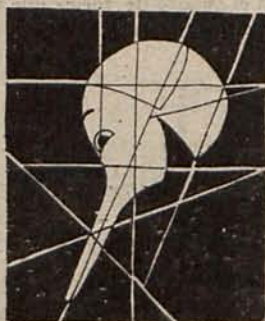
## EL CHIVO Y EL GALGO



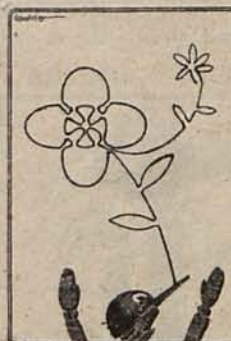
## GUERRA A CHAPETE



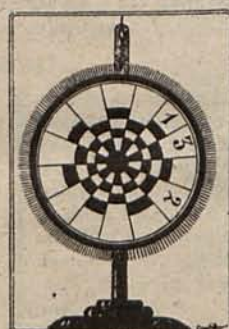
## ROMPECABEZAS



## PINOCHO, EQUILIBRISTA



## LA RIFA DE LA SUERTE



NO DEJEIS DE VER EN EL NÚMERO PRÓXIMO EL INTERSANTÍSIMO EPISODIO DE POLITO EN LA CIUDAD DE ORO

SMITH



**PLANTILLA** remitida por

D. ....

Población .....

Calle ..... núm. ....

Provincia .....

**NÚMERO ELEGIDO**

--	--	--	--	--

Debe recibirse antes del día 10 de diciembre de 1927.

Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el
Cupón número 1. Aquí se pega el	Cupón número 2. Aquí se pega el	Cupón número 3. Aquí se pega el	Cupón número 4. Aquí se pega el
Cupón número 5. Aquí se pega el	Cupón número 6. Aquí se pega el	Cupón número 7. Aquí se pega el	Cupón número 8. Aquí se pega el
Cupón número 9. Aquí se pega el	Cupón número 10. Aquí se pega el	Cupón número 11. Aquí se pega el	Cupón número 12. Aquí se pega el
Cupón número 13.	Cupón número 14.	Cupón número 15.	Cupón número 16.

**VÉANSE LAS INSTRUCCIONES PARA EL USO DE ESTA PLANTILLA EN LOS NÚMEROS ANTERIORES**

Ayuntamiento de Madrid



# Sección Pirula

## CUENTOS DE PIRULA



*Las aventuras de  
Liruli.* — Liruli era  
muy desgraciada  
porque tenía una ma-  
má desordenada y  
holgazana. Cuando  
se es una linda mu-

ñequita de celuloide, es triste verse siempre con la cara sucia y las trencillas del «maillot» descosidas.

También es triste, a poco presumida que se sea, no tener que ponerse mas que un traje de baño; las demás muñecas de celuloide también nacen con «maillot»; pero luego sus mamás suelen confeccionarles faldones, trajes, capitas, un equipo completo.

En fin, no es menos triste ser hija de una niña que prefiere otras diversiones a jugar con sus muñecas.

Sola, abandonada en un ángulo oscuro del cuarto de juguetes de su desnaturalizada mamá, la pobre Liruli lloraba y se desesperaba entre un balón de de goma y un clon sin narices.

De pronto se le apareció una dama bellísima: era el hada de los juguetes.

—¿Qué te pasa, encantadora Liruli?  
—preguntó el hada.

Liruli contó sus cui-  
tas y el hada exclamó:

—No te apures, voy  
a sacarte de aquí y en-  
viarte a un país mara-  
villoso.

La ordenó que se  
montara sobre una  
ovejita de lana blanca,  
de esas que están de  
pie sobre un fuelle que gruñe cuando se les aprieta, y la tocó con su varita mágica.

Al punto la ovejita, cual si le hubieran crecido alas, salió disparada por la ventana y voló por los aires.

Liruli, asustada, se puso una mano sobre los ojos, ya que no gozaba de la facultad de poderlos cerrar. De pronto notó que tocaba tierra y miró: se hallaba en la Isla de las Muñecas.

Allí las muñecas vivían dichosísimas, libres de esa horrible parálisis que las impide moverse por sí mismas mientras son prisioneras de las niñas. Iban y venían, charlaban unas con otras, cosían, y guisaban, y saltaban, y jugaban todo el día; y de noche dormían todas, todas, hasta las más humildes peponas de cartón.

Liruli se vió acogida con entusiasmo por todas las habitantes de la isla que habían sido, como ella, las muñecas de niñas desordenadas que no las supieron merecer.

Y Liruli tuvo su casa propia; una casa magnífica, dividida con tablas en seis habitaciones que desde fuera se veían todas a un tiempo, puesto que no tenía fachada.

¡Y qué lujo! ¡Qué confort! En la alcoba había hasta un palanganero con una pastilla de jabón rosa en la jabonera; en el comedor, una diminuta y complicada araña de cristal de varios colores; en la sala, una sillería completa de raso celeste y un espejo con marco de cartón dorado; en la cocina, un fogoncito de alcohol; en el cuarto de baño, nada menos que un aparato de duchas de aluminio, y en la «nursery», un moisés con cintas y encajes.

Rodeaba esta casa un hermoso jardín con árboles de madera recortada y florecitas de papel.

Liruli vivía allí como una reina: bebía el agua de la ducha, que sabía a almíbar, y comía pétalos de rosas, que sabían a miel.

Se confeccionó sombreros con plumas y se divirtió de lo lindo acunando ositos de «peluche» y tocando el acordeón.

Hasta llegó a tener un «auto», una «limousine» estupenda, que andaba varios metros con sólo darle cuerda una vez.

Sin embargo, al cabo de algún tiempo empezó a aburrirse un poco; le daba pena tener la «nursery» vacía y vivir sola.

Entonces el hada, siempre complaciente, le regaló un marido y doce hijos; todos bañistas de celuloide como ella.

Y la dicha de Liruli fué completa.

Pero, ¡ay!, un día se desencadenó sobre la Isla de las Muñecas una tormenta espantosa.

Sopló un viento tal, que echó por tierra árboles y casas; se llevó a todos los habitantes y los arrojó al mar.

Peró Liruli, su esposo y sus hijos, como sabían nadar y además eran de celuloide, se salvaron.

Un marinero los pescó arrojando una red,

como si fueran peces, y exclamó al verlos:

—Se los regalaré a mi hija, que en su vida ha tenido una muñeca.

Y así fué; al volver a tierra el marinero regaló la familia Liruli a su hija Carmencita, una niña monísima, trabajadora, buena, monísima y risueña. Y como nunca había tenido muñecas, porque era muy pobre, estuvo a punto de enloquecer de alegría al recibir aquel regalo. Liruli volvió a ser muñeca; ya no podía moverse, cantar, jugar ni dormir; pero ¿qué le importaba? Estaba contenta, puesto que había encontrado, al fin, una mamá que sabía quererla, mimarla y cuidarla a ella y a los suyos. En cuanto a la Isla de las Muñecas, a consecuencia de aquella terrible tormenta desapareció; se hundió bajo el mar y fué cubierta por las aguas. No la busquéis, por lo tanto, en los mapas modernos, porque su nombre no figura ya en ellos.

—Todo esto me lo ha contado la propia Liruli, y yo, tal cual es, os la he repetido. Pero os confesaré en gran secreto que no estoy del todo segura de que Liruli no lo haya soñado... o inventado. ¡Hay cada muñeca con imaginación por el mundo!

